



JOSÉ JAVIER
GRANERO

LA TRISTE MIRADA
DEL ARTISTA

«El coleccionista de misterios»

Editorial Fanes

Primera edición noviembre, 2015

© 2015, texto José Javier Granero
© 2015 Editorial Fanes
Torrelavega, Cantabria
www.editorialfanes.com
© Diseño de portada Eva Pelayo
© Foto de portada flik47

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

*A mis padres, por educarme como lo han hecho.
A mis hermanas, por estar siempre apoyándome.
A Cristina, gracias por ayudarme y apoyarme siempre.
Y a Álvaro, ese pequeño rayo de luz que ha inundado
nuestras vidas.*

PRÓLOGO

Bástula, 30 de abril de 1.999

La vida, ese gran libro que vamos escribiendo con cada una de nuestras experiencias, nos depara páginas gloriosas y otras no tan memorables. Nos empeñamos en ir escogiendo el camino que creemos correcto olvidándonos de que es probable que el destino haya escogido ya por nosotros. Nos mortificamos con el pasado, dejamos escapar el presente y nos ilusionamos con un futuro que siempre es incierto. ¿Para qué seguir luchando contra ese temible jugador? Ni siquiera un tahúr sería capaz de derrotar a este frío y calculador artesano de sueños. Pese a ser ya una partida que tenemos perdida de antemano, ponemos todo nuestro empeño en seguir forjando nuestro frágil discurrir por la vida.

Tal vez Platón tuviera razón, ¿cómo no dudar de este mundo? Una mañana podemos despertar y darnos cuenta de que nada es real. Podemos estar sumidos en un sueño de años, un sueño de toda una vida. Al despertar, comprenderemos que solo se trata de un insignificante instante, algo que no volveremos a vivir de nuevo. Quizá sea esta nuestra equivocación, no cumplir los designios de alguien que está por encima de nosotros. Luchar es inútil, acatar las órdenes, de cobardes, entonces, ¿qué deberíamos hacer? Si algún día encontrara la respuesta a esta pregunta, todo habría acabado. Ese mismo día, estaría en otro lugar, en otro momento, en otra vida.

Nuestra existencia, nos guste o no, queda marcada con cada una de las decisiones que tomamos a lo largo de la vida. La de Javier, como la de cualquier persona, tiene su primer punto de inflexión a los dieciocho años. A esta temprana edad, tiene que tomar la primera gran decisión que, de no ser la acertada, podría hacerle infeliz el resto de su vida.

Aún no lo tenía claro, pues había tantas cosas a las que le gustaría dedicarse: sería un importante médico, un excelente arquitecto. Demasiadas y diferentes cosas entre las que elegir, poco tiempo para hacerlo y un sentimiento de inseguridad que se acrecentaba con el paso de los días. Tras meditarlo mucho, decidió estudiar Historia del Arte. Muchos de sus compañeros no comprendieron esa decisión, pues creían que podía estudiar una carrera más difícil, más... ¿Qué sabrán ellos? Javier no estaba dispuesto a pasar el resto de su vida frustrado por no haber estudiado lo que de verdad le fascinaba.

Acompañado por estos oscuros pensamientos, apesadumbrado, recorría las sinuosas calles de Bástula.

—¿Qué he podido hacer mal? ¿Por qué?, ¿por qué ha tenido que pasar?

En ese mismo instante, el sonido de unos pasos interrumpió los pensamientos que rondaban su cabeza. La persona en cuestión parecía tener mucha prisa, pues aquel sonido se escuchaba cada vez más cercano.

—¡Javier! —gritó Isabel—. Por favor espera. ¿Por qué te has ido de esa manera?

—No lo he podido evitar. Te quiero y en este momento, no soy capaz de mirarte a los ojos.

—No digas eso.

—¿Tú sabes lo que es verte y no poder tocar tu pelo, acariciar tu cara o besar tus labios?

—Por favor, no sigas.

—Es verdad. Creo que el destino se ha empeñado en separarnos. Tal vez en otro tiempo, en algún otro lugar.

—Tal vez.

Con estas palabras, se despidió de Isabel. De esto hace ya demasiados años, tiempo que le había servido para intentar suturar la herida causada por la inmadurez. Desde aquel trágico instante, no volvieron a encontrarse.

CAPÍTULO I

Bástula, 15 de septiembre de 2.014

Ahora, después de tanto tiempo, ha vuelto al mismo lugar. Regresa a esa calle junto al instituto, esa en la que un día murieron todas las ilusiones de un niño. De ese trago amargo conserva aún en la retina la imagen de una hermosa chiquilla.

Era su primer día en el instituto y aún andaba algo perdido. Hacía demasiado tiempo que no recorría aquellos pasillos llenos de vida y, pese a todo, no le fue muy difícil encontrar su nueva clase. Esta era bastante amplia, aunque lo mejor de ella eran los grandes ventanales que tenía a uno de los lados. A través de ellos, se podía observar el maravilloso espectáculo de las nevadas cimas que rodean Bástula.

La visión de aquellos aterrados chicos, le hizo recordar su primer día de instituto.

Ese lejano y casi olvidado recuerdo, volvía a reproducirse en su mente. Y es que aquella mañana, Javier estaba paralizado por el miedo. Se enfrentaba a un mundo nuevo y desconocido para él, una aventura de la que esperaba salir airoso.

—Buenos días. Soy vuestro tutor y el nuevo profesor de Historia del Arte. Mi nombre es Javier, espero poder aprender el vuestro antes de acabar el curso. Antes de nada, me gustaría que tuvierais claro el programa de la asignatura. A lo largo de este curso, estudiaremos la Historia de España. Después de esto, nos centraremos en el Arte Renacentista. Como ya sabéis, Bástula es uno de los mejores ejemplos de este arte. Además, la ciudad es conocida como Cuna del Renacimiento Andaluz...

En el largo transcurso de la mañana, cientos de anécdotas y preguntas se fueron sucediendo.

Tras seis horas de intenso trabajo, regresó a la dulce tranquilidad del hogar. Entre aquellos callejones y casas de piedra, comenzó un recorrido casi olvidado. Durante el transcurso del mismo, no podía resistirse a esa especial llamada de cada palacio, de cada blasón, de cada pequeño trocito de historia de la que se sentía partícipe. Paseaba por la maravillosa muralla de Bástula, cuando por la empinada calle que lleva a la plaza de Santa María, se reencontró con el pasado. Isabel, tan hermosa como siempre, caminaba en sentido contrario al suyo. El corazón de Javier se aceleró en aquel delicado momento y comenzó a revivir imágenes del pasado, apoderándose de él un extraño sentimiento de inseguridad.

—Hola, Javier.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—No puedo quejarme —respondió, algo afectado por la intensidad del momento—. Veo que el tiempo te ha tratado bien.

—Javier, yo...

—Por favor, te pido que no intentes darme ninguna explicación.

—Es que lo necesito. El marcharme así aquella noche, fue algo terrible.

—Ya es demasiado tarde. Ni te imaginas lo que he sufrido. Tú fuiste mi primer y único amor. Desde ese día, he tenido miedo de volver a enamorarme. Con el tiempo, el corazón se vuelve frío como el hielo. No, no olvidas lo vivido, tan solo intentas convivir con su recuerdo.

—Por favor, necesito darte una explicación.

—No, Isabel. Tú no me amabas, eso es todo.

—Eso no es cierto. Si supieras lo mucho que me he arrepentido de aquella estúpida decisión. Te he querido mucho más de lo que puedas llegar a imaginar. Tal vez mi juventud y la ingenuidad de esos años, me llevaron a esco-

ger la opción equivocada, ¿y sabes qué es lo peor? Estar convencida de que no había marcha atrás.

Sus inesperadas palabras, confundieron aún más a Javier. No sabía qué hacer, las palabras no querían brotar de su boca y el corazón seguía latiéndole a un ritmo frenético.

—Por favor, no sigas hablando. Estas hundiendo el dedo en una herida que creía estar ya cicatrizada.

—Javier, necesito obtener tu perdón. Tú no has sido el único que has sufrido. Pensaba cada noche en ti, en el daño que te causé.

—Isabel, tú me convertiste en lo que soy, un hombre inseguro y que teme al amor. Tal vez fue lo mejor que pudo pasarnos. Ahora, he de marcharme.

Prosiguió, muy apenado, el camino. Aquel reencuentro con el pasado había llegado en el momento más inoportuno. Un extraño sentimiento de melancolía, azotó en ese mismo instante su alma. Al menos, la pregunta que durante años se había hecho una y otra vez, tenía ya respuesta. Extraño consuelo este.

Sus pasos lo condujeron al único lugar en el que estaba seguro, un lugar que llama al recogimiento. Al recorrer de nuevo la hermosa plaza renacentista de Santa María, fue hasta la entrada principal del palacio de Juan Vázquez de Molina, al que de forma popular se conoce como el palacio de las Cadenas. Sentado en un hermoso banco de piedra, sucumbió ante el majestuoso espectáculo. Al fondo de la misma, se alza la Sacra Capilla del Salvador del mundo. En esta plaza, en la que el tiempo parece no querer transcurrir, contempló la imagen de este pequeño pedazo de historia. Tan absorto estaba en un ir y venir de pensamientos, que no se percató de la presencia de una hermosa joven.

—Disculpe, ¿podría decirme si estoy en la plaza de Santa María?

—Así es —levantó la vista un momento, quedando al instante cautivado por el encanto de la muchacha—. He de

disculparme, andaba soñando despierto y no me enteré de su llegada.

—No, la culpa es mía por haberle interrumpido de esta manera —dijo avergonzada.

—Al contrario, debería felicitarla por ello. Ya está bien de recuerdos por hoy, ¿no cree?

Pasado un tiempo de aquel extraño encuentro, Javier era incapaz de rendirse a la evidencia. Llevaba días pensando en ella, en esa chica con la que coincidió por un capricho del destino. Tenía claro que debía ser fuerte, pues no podía sucumbir de nuevo a los encantos del imprevisible Eros. En el tiempo que llevaba en Bástula solo había localizado a Juan, un viejo amigo de la infancia. El resto del grupo se encontraba disperso por la vasta geografía española. A las cinco de la tarde, Juan se encontraba llamando a la puerta de su casa.

—Javier, ¿vamos a tomarnos algo?

—Espera, dame un minuto.

Algo más tarde, se encontraban tomando café en un pequeño y acogedor pub. De inspiración marinera, el lugar reunía lo que andaban buscando: un sitio tranquilo en el que poder charlar.

—Javier, hace bastante tiempo que no nos veíamos.

—Sí, demasiado.

—¿Cómo estás?

—Bastante mejor que la última vez que nos vimos. Lo sé, fui un cobarde al marcharme de esa manera. Juan, a veces lo mejor es dejarlo todo y comenzar de nuevo.

—Te entiendo.

—Hace algunos días que me reencontré con Isabel. Está tal y como la recordaba, no ha cambiado nada.

—¿Aún la quieres?

—Por extraño que parezca, he aprendido a convivir con su recuerdo. Hace algunos días bajé a la plaza de Santa

María. En uno de los momentos en que más distraído me encontraba, apareció una muchacha preciosa.

—Por tus palabras, debe ser muy hermosa.

—Todo en ella es perfecto.

—Creo que quizá la estás idealizando. Ten presente que solo la has visto una vez.

—Lo sé, Juan, pero llevo tanto tiempo intentando ser feliz que...

—Te entiendo —le interrumpió, algo acelerado—, pero no quiero que vuelvas a pasarlo mal por una chica.

—Agradezco tu preocupación, pero creo que el que no se arriesga en esta vida, no llega a alcanzar sus sueños.

—Yo solo te digo que tengas cuidado. Javier, ya has sufrido demasiado por amor.

La tarde transcurría despacio. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que ambos habían estado juntos. Una tras otra, las anécdotas se iban alternando con el amargo aroma del café.

—Javier, creo que va siendo hora de irnos.

—Tienes razón. Se ha hecho tarde y mañana tengo que madrugar.

Eran poco más de las nueve y a pesar de tener que levantarse temprano al día siguiente, Javier no resistió la tentación de bajar a la plaza. Tenía el presentimiento de que volvería a encontrarla. De camino por la calle Real, ensayaba qué podría decirle.

Ya en el lugar, fue hasta la capilla y situado ante la puerta principal, dirigió la mirada hacia el pequeño Cupido que corona el arco de entrada al templo. Observó el pequeño arco que sujeta con firmeza ese pequeño infame y pronunció unas palabras:

—¿Por qué me niegas la oportunidad de conocer los encantos que brindas al mundo? No creo merecer este castigo. Ningún hombre debería estar condenado a vivir sin amor.

El sol se había ocultado ya dejando paso a una cautivadora oscuridad. Tras un día largo y agotador, regresó a casa. El trayecto duró algo menos de cinco minutos, pues sus padres vivían cerca del centro histórico, en una casa situada junto al palacio de los Porceles. Le costó bastante conciliar el sueño esa noche, ya que no podía dejar de pensar en aquella desconocida.

Como cada mañana, el despertador sonó a las siete. Tenía clase a las ocho y debía darse prisa. Tras un rápido, aunque copioso desayuno, salió de casa y comenzó a caminar acompañado por la tenue luz de unas farolas. Estaba amaneciendo, sin embargo, la luz del sol todavía no se adentraba en aquella retorcida calleja. Al llegar a la altura de un pequeño lienzo de muralla árabe y atravesar una puerta de la misma, accedió a la calle Corredera. Al llegar a la iglesia de la Santísima Trinidad, recorrió la calle Trinidad y pasados unos minutos, entraba al instituto. En el pasillo pudo contemplar a unos alocados jóvenes esperando, algo dormidos todavía, a que llegara el profesor y nada más verle aparecer se metieron en clase.

—Buenos días, me gustaría recordar el programa de la asignatura. A lo largo de este curso, intentaremos contemplar la Historia de otra manera. Intentaré que tengáis una visión crítica de la Historia de España. La segunda parte del programa tratará sobre el Arte Renacentista. Como ya sabéis, Bástula es uno de los mejores ejemplos de este arte. Además, la ciudad es conocida como Cuna del Renacimiento Andaluz.

Las agujas del reloj se movían demasiado despacio parecía que el tiempo deseara detenerse. Lo que en un primer momento llegó a ser un hermoso y soleado día, con el transcurso de las horas se había tornado oscuridad. Una cortante brisa que presagiaba lluvia comenzó a recorrer la ciudad. Al término de su jornada de trabajo, la soledad volvió a acompañarle en el camino de regreso a casa. Un único pensamiento, por ilógico que pareciera, atormentaba,

segundo tras segundo, el corazón de Javier. No hacía más que repetirse la misma pregunta: «¿volveré a verla otra vez?».

Tras un breve e intenso viaje, acosado aún por los fantasmas del pasado, llegó a casa. Las nubes cubrieron el cielo de la ciudad, haciendo acto de presencia la lluvia. En aquel instante, ese en el que comenzaba a caer un diluvio, se alegró de haber vuelto pronto a casa. En mitad de la tormenta, sonó el timbré. Sorprendido por este hecho, fue algo desconfiado hacia la puerta...

—¡Ya voy!

Tan rápido como pudo, abrió la puerta. Fuera, una silueta femenina mojada por culpa de la maldita lluvia, se dejaba entrever en la oscuridad. En un primer momento, debido en gran parte a la tenue luz proveniente de la lámpara del portal, no la reconoció.

—¿Es que ya no me recuerdas?

—¿Rocío? —preguntó sorprendido.

—¿No me invitas a pasar?

—Perdona mi descortesía, pero estoy tan sorprendido que...

—No te preocupes, es normal —respondió, sonriente—. Ha pasado mucho tiempo.

Rocío entró en el interior de la vivienda y, tras secarse el pelo con una toalla que le había entregado Javier, se sentó en un sillón. Javier, algo incrédulo aún, no sabía qué decirle.

La lluvia había cesado al fin, dejando tras de sí un inconfundible olor a tierra húmeda.

—Al final, ha parado de llover —dijo mientras dirigía la vista a la ventana que había en la sala—. ¿Te apetece dar un paseo?

— Me encantaría —aceptó contento.

Javier se vistió lo más rápido que pudo y no tardaron en salir a caminar por la ciudad.

—¿Cuánto hacía que no nos veíamos?

—Demasiado tiempo, Javier, demasiado tiempo.

—Es verdad, el tiempo pasa tan rápido.

—Tienes razón —respondió pensativa.

—Antes de que nos demos cuenta, se nos ha ido gran parte de nuestra vida.

—Y eso que parece que fue ayer cuando estábamos en clase.

—Cuéntame, ¿qué has hecho durante estos años?

—Acabé la carrera y estoy dando clases en un instituto de Córdoba. Veo que tú estás donde querías desde un principio, en tu amada ciudad.

—Es verdad. Me ha costado tiempo y algún que otro concurso de traslados, pero por fin lo he conseguido.

—Me alegro de que se haya cumplido tu sueño.

—Muchas gracias. Por cierto, ¿cómo es que no estás dando clase?

—Estoy de baja.

—¿Qué te ocurre? —preguntó preocupado.

—Dejemos ese tema, por favor, no quiero pensar en ello. Quizá cuando llegue el momento, te lo cuente todo.

—Está bien. De todas formas, te recuerdo que puedes contar conmigo para lo que quieras.

Entre risas y alguna frustrada lágrima, llegaron a la ronda de Miradores. Una peculiar calma, se convirtió en la muda acompañante de aquel especial paseo.

—Esto es lo que te explicaba una y otra vez, Rocío. Esta calma, esta paz, es algo difícil de encontrar entre las frías paredes de la gran ciudad.

—Ya lo sé. Este paisaje, es muy hermoso. Es aún mejor de lo que me contabas.

—Ven, quiero enseñarte la plaza de la que estoy enamorado. Esa de la que tantas veces te hablé.

Al llegar a la plaza, Rocío no tenía palabras para describir aquel majestuoso espectáculo. A pesar de tener una idea preconcebida con todo lo que le había contado su

amigo, aquel legado que rozaba la divinidad la dejó sin palabras.

—Ante ti, Rocío, varios siglos de historia nos contemplan. Estás siendo testigo del espléndido pasado de una floreciente ciudad.

—Es bastante más hermosa de lo que había imaginado.

—Ya te dije que era difícil describirla.

—Javier, voy a pasar aquí una temporada en casa de una tía de mi madre. ¿Podríamos vernos mañana?

—Claro que sí.

—¿No te importa? —preguntó temerosa.

—No. En absoluto.

Con estas prometedoras palabras se despidieron. Había sido un día bastante emocionante y Javier estaba muy agotado. A pesar de ser temprano, regresó a casa para descansar. La repentina aparición de Rocío y el secretismo sobre el motivo de su visita, salpicaban de dudas su mente. Ansiaba conocer sus verdaderas intenciones, ya que no podría seguir con esa incertidumbre mucho tiempo más. Incapaz de conciliar el sueño, no paró de darle vueltas a las últimas palabras pronunciadas por ella.

Tras unas angustiosas horas de espera, esa tarde, con una puntualidad casi inglesa, Rocío se encontró en la plaza del Teniente Malo Ortiz con Javier. Un bonito y veraniego vestido azul, una hermosa melena rubia y unos impresionantes ojos marrones, elevaban a una categoría angelical aquella visión.

—Rocío, estás preciosa.

—Gracias, no sabes lo que significan para mí esas palabras.

—¿Quieres que vayamos a algún sitio?

—Me encantaría. Tengo muchas cosas que contarte.

—¿Te apetece ir al pub del que tanto te hablé en la universidad?

—Sí, por favor. Quiero ver por mí misma si es tan acogedor como tú lo describías.